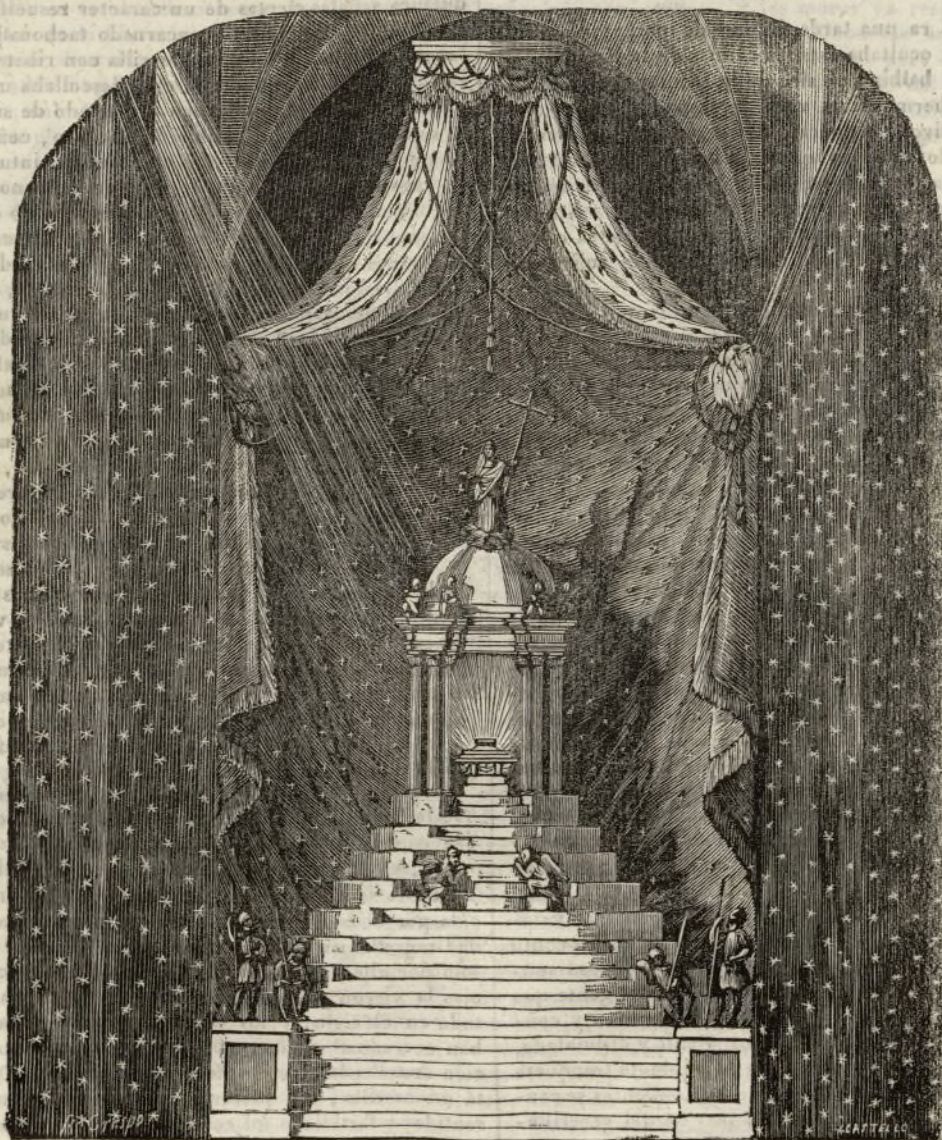


ESPAÑA PINTORESCA.



EL MONUMENTO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

(Véase su descripción en el *Semanario* del domingo anterior.)

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

I.

El robo de la cristiana.



ra una tarde del mes de marzo: el sol se ocultaba tras las colinas de la sierra de Gíbalbín: el aire de la primavera empezaba á vivificar la hermosísima vega jerezana, y los campos cubiertos de olivos, de naranjos y granados, mostraban aquel aspecto lozano y pomposo, peculiar solo á tan hermoso clima. Esas campiñas estaban desiertas sin embargo; y los pocos y recelosos viajeros apretaban el paso de sus cansadas monturas al divisar las altas torres de la ciudad que se dibujaban en blanco relieve sobre el rojizo horizonte.

Y grande atrevimiento manifestaban los que fiados en su fortuna subían aquellos temibles aunque silenciosos senderos. Jerez acababa de ser tomado por los cristianos: la enseña católica ondeaba en el minarete de la mezquita sarracena, y los hijos de los godos penetraban por vez primera en aquella ciudad que les aseguraba el dominio de las llanuras más fértiles de Andalucía: pero aun les quedaban muchas horas de combate, largas noches de vigiliyas y trabajos si habían de sacar el fruto de conquista tan importante. El territorio jerezano estaba cubierto de castillos moros; sus dueños aguerridos, ayudándose mutuamente con sabia política y constantes esfuerzos, dominaban la campiña hasta las mismas murallas de la ciudad; y á veces los ginetes moros entraban por las puertas mal guardadas, corriendo las calles, sembrando el terror en los descuidados cristianos, y excitando el entusiasmo de aquella población inquieta, mahometana en su fé, árabe en su sangre, y que con toda la vehemencia de su raza aborrecía a los bárbaros soldados de León y de Castilla. ¡Desgraciado del hombre de armas que se alejaba diez pasos del recinto fortificado! las flechas sarracenas caían a millares sobre su coraza, y su cabeza tal vez amanecía fija en una de las puertas, clavada allí por mano desconocida.

Ruy Díaz Ponce era adelantado de la frontera: veterano en aquella clase de combates, comprendió pronto que era preciso variar de sistema para sojuzgar las llanuras: la paz le era necesaria, porque la escasa gente que contaba bastaba apenas para guardar los muros, y contener a los habitantes de la ciudad. Hbil y disimulado, propuso una tregua, aceptada con imprudente franqueza por los moros, que aunque esforzados y valientes se cansaban pronto de las penalidades de la vida del guerrillero, acostumbrados como ya estaban al reposo de sus castillos y a las delicias de sus serrallos. Este día era el último de la tregua: el adelantado estaba satisfecho: los refuerzos que aguardaba habían llegado ya: era el último día, y se había celebrado por eso con toros y cañas en la ciudad: tal clase de fiestas tenía sobrado atractivo para que faltasen al convite los caudillos sobrado atractivo para que aquella tarde había pasado alegremente entre juegos y zambras; mientras Ruy Díaz examinaba uno por uno á sus enemigos, calculaba sus recursos y su gente, y formaba nuevos proyectos para enmendar los errores antiguos.

Los tambores y dulzainas habían dado por concluido

el espectáculo: la tregua había espirado ya, y todavía un jeque moro, acompañado de un guerrero inferior en rango al parecer, contemplaba parado en la calle del Algarbe las celosías de una casa cubierta de esmaltados que lindaba casi con el arco de la muralla. El infiel era más alto que lo común de su casta: no tenía las anchas proporciones de los caballeros castellanos: pero sus hermosas formas denotaban la agilidad y la fuerza: sus facciones morenas eran bellas y espresivas, y en sus ojos brillaba una energía poco común unida con un aire de dulzura señales ciertas de un carácter resuelto al par que melancólico. El albornoz encarnado tachonado de medias lunas de plata, la marlota amarilla con ribetes negros, y su turbante blanco sobre el cual descollaba una riquísima garzota de perlas, indicaban lo elevado de su gerarquía. A su lado brillaba el alfanje de damasco, ceñido al cuerpo por un tahali de seda y oro: en la cintura asomaba el puño de granate de una daga, y en su mano cimbrábase flexible una lanza larga y ligera. Montaba un caballo berberisco, cuyas formas elegantes lucían entre los plateados arreos que lo adornaban: los ojos redondos y encarnados, las orejas pequeñas y transparentes, las piernas ágiles y descarnadas lo hacían conocer por una flor del desierto, crecida á la sombra de la tienda del beduino.

— «Señor es tarde, exclamó en voz baja el moro á su gefe, — la luna comienza á brillar sobre el horizonte, y las estrellas asoman entre el azul del firmamento. Si te encontrasen aquí los cristianos, ni tu vida ni la mía...

— «Galla Giaffar: si temes por tu existencia, déjame solo: yo no salgo de aquí sin la hija del Nazareno: he venido á buscarla, y las torres de mi castillo me verán entrar con ella, ó no me verán entrar jamás:

— «Aben-Gazan, tu fiel servidor te ha seguido á los combates; cuando las flechas de los cristianos caían como el granizo sobre nuestras cabezas, ¿le has visto alguna vez perder el color de su semblante? pero tus soldados aguardan tus órdenes: ocultos tras ese torreón destruido: los últimos ecos de la zambra se han perdido ha largo tiempo entre los ecos del zarzain: los enemigos van á cercarnos... la sangre del hijo de Aben-Abul Gazan caerá sin gloria por la hija de un infiel?

— «Escucha Giaffar; la virgen cristiana es mas bella que la huri del Profeta; sus ojos centellean como estrellas bajo el blanco velo que oculta su rostro: ella ha de venir, y la sorpresa y la audacia facilitarán mi conquista. Tú no lo sabes, pero si yo he aceptado la tregua ofrecida por el orgulloso castellano, si he entrado en la ciudad sagrada sin haberla ganado con mi valor, por ella, solo por ella ha sido, Giaffar: tres lunas hace que mis ojos la vieron en la primer tregua, tres lunas han pasado en el cielo, y los párpados de Aben-Gazan no se han cerrado al sueño, porque en su delirante imaginación cruzaba la sombra aérea de la cristiana. Desierto está mi castillo, los placeres del harem han saciado mis sentidos y fastidiado mi corazón, mi alma necesita ya las dulzuras de un amor que nuestras voluptuosas odaliscas no pueden dar ni comprender jamás.

— Pero señor, ella te ama?

— Ella, ella no me ha visto mas que una vez, y odia con todo el fanatismo de su sangre goda a los sectarios del profeta, pero ¿qué importa? yo la enseñaré el amor, y la sultana, la esposa de Aben-Gazan sera coronada reina algún día en el imperio de los califas. Mas... vanas son nuestras palabras: escucha; es necesario combatir, recuerda mis órdenes, ponte al frente de mis soldados; al oír mi voz acudid, y sed lo que habeis sido: cuando estemos fuera de la ciudad dejadme solo: nadie me siga, porque se perderia inútilmente: dad la vuelta por la sier-

ra; los arroyos y los montes no os dejan paso por otro lado... en cuanto á mí sé lo que debo hacer; marcha, y que la luz del sol pueda verte á la sombra de las palmeras de nuestros campos.

Giaffar inclinó la cabeza y se retiró: Aben Gazan solo guardaba la calle solitaria, y cualquiera que de lejos hubiese visto al gefe sarraceno, le hubiera creído una estatua de la guerra, un cuerpo sin vida, tal era la inmovilidad de su postura, y la gallardía de su aire. El moro parecía engolfado en melancólicos pensamientos: sus ojos estaban clavados en la plazuela que avecinaba la calle, y su mano jugaba distraída con el puño del yathagan. De repente se afirmó en los estribos, y recogió las riendas del caballo: su cabeza alta é inclinada en la actitud de la meditacion procuraba percibir algun sonido lejano y confuso. No se engañaba; los ecos de una dulzaina se hicieron mas sensibles cada vez, y se oía ya el alboroto de una turba descuidada y alegre que poco á poco se acercaba á la calle: algunas cabezas asomaron en la plazuela; eran pages y criados que acompañaban á dos señoras cubiertas con largos velos: ya entraba la turba por la calle del Algarbe, y el moro no se había movido aun: un grito sonó de repente entre el pacífico acompañamiento; el jeque había sido visto, pero pronto como un rayo, la lanza en ristre, el alfange colgado de la mano derecha, apareció Aben-Gazan ahuyentando á los ociosos, á los pages y á los prestes que cercaban á la hija del poderoso Ruy Diaz.

Solas habian quedado las dos damas, cuyos velos cayeron entre la confusion y el alboroto: el semblante de la mas anciana era la expresion de la cólera y el orgullo; mientras la mas jóven, la bella Inés, pálida como la muerte, entresabiados los labios, sin hallar en su temor un grito, cayó arrodillada en el umbral de su puerta misma. El moro había echado pie á tierra, sus ojos contemplaron tímidamente por un instante á la vírgen castellana; al mirarla casi exánime, sus facciones contraídas revelaban una lucha interior, pero esta indecisión duró un momento: el eco de un clarín sonó la alarma por las calles... el sarraceno ya no duda, levanta con brazo poderoso á la cristiana, y la coloca delante en su caballo impaciente: su mano izquierda la sostiene mientras en la derecha blande la lanza y mantiene el alfange colgado del puño. Pero ¿qué hará? la calle está cercada por algunos soldados que noticiosos de la aparicion del moro han acudido apresuradamente. Aben-Gazan no vacila, recoge las riendas del brido y procura penetrar la falange castellana: su lanza ha atravesado ya dos soldados; pero el mismo Ruy Diaz acude con varios de sus caballeros... el moro tiene que retroceder; los cristianos van á adelantarse con furia; ¡Alah il Alah! grita el sarraceno, y el escuadron de ginetes árabes oculto tras las ruinas del antiguo castillo se arroja precipitadamente sobre los cristianos: nivelado está el combate; pero la calle es estrecha, los moros no pueden pasar, y cada momento aumenta su peligro, porque cada momento trae nuevos enemigos á la lucha. El brazo de Aben-Gazan no desmaya, no está ahora cual solia el primero en la linea; el tesoro que guarda no le permite esponerse así; pero su frente está serena, y su voz domina el tumulto de la batalla ¡Por aquí! esclama con acento de triunfo, y se precipita por una estrecha callejuela ocupada por algunos soldados recién venidos, á quienes sorprende la violencia del ataque: todos los moros se lanzan á rienda suelta tras su gefe; los cristianos los siguen, y entre el clamor de la pelea, el rechinar de los cascos de los caballos en las piedras de las calles, la confusion de la ciudad y las maldiciones de los heridos, alcanzan los moros la puerta de Gulhamar:

pero ay! nuevos peligros los esperan allí; porque la puerta está guardada por un piquete de guerreros castellanos: la impetuosa carga de los sarracenos disminuye el número de contrarios, pero no logra forzar el paso; y ya viene encima Ruy Diaz con sus guerreros: la suerte de los moros vá á ser fatal; mas una granizada de flechas arrojada por manos desconocidas hace morder el polvo á la mayor parte de los soldados que la puerta sostenian; una nueva carga del escuadron sarraceno arrolla á los pocos que aun quedan, y los moros ya respiran porque ya ven un horizonte inmenso estenderse ante sus ojos. La noche había cerrado entre tanto, pero fúlgida y pura brillaba la luna en el despejado azul del firmamento: oíanse solo los ecos del galope de los caballos cansados, y mas atrás ganando terreno sobre sus enemigos, se precipitaban los caballeros castellanos.

Aben-Gazan se detuvo un momento, su hermosa cristiana pálida y desmayada pesaba como un cadáver sobre su brazo: el moro la contempló con tristeza, y apretándola contra su corazón, soltó de nuevo las riendas de su brioso berberisco.

Y siguen, y siguen corriendo casi confundidos los unos y los otros hasta llegar á un cerro que hacia torcer sobre la izquierda el camino, hacia la tierra de Gibalbin: por medio de aquella eminencia, un sendero casi impracticable conducía á las escarpadas colinas del Albar, y al arroyo del Sepulcro.

Seguid, exclamó Aben-Gazan deteniéndose: seguid, que estos perros correrán conmigo.

Giaffar siguió con sus compañeros á todo escape el ancho camino de la sierra, mientras Aben-Gazan inmóvil, haciendo flotar el blanco velo de la vírgen para llamar la atencion de los cristianos, y repitiendo el grito de guerra de su tribu, aguardaba á sus enemigos. — «Ruy Diaz, yo soy Aben Gazan, hijo de Aben-Abul.»

«Está en nuestro poder» exclamó el caudillo castellano: «el perro tiene á mi hija en sus malditos brazos: por los clavos de Cristo, ahora no se escapará. Ninguno siga á los fugitivos: solo el jeque puede importarme. — Ocupad ese camino, y cercad el cerro; que si logra pasarlo, no tiene mas que una senda, la que lleva al arroyo del Sepulcro: allí se encontrará sin salida como un lobo, porque no hay caballo ni pies humanos que puedan saltar la anchura de su corriente. — Pero ni aun se mueve el insensato: seguidme.»

En efecto; inmóvil estaba el moro al lado del cerro sueltas las riendas de su caballo, contemplando con tranquilos ojos y una sonrisa de satisfaccion los preparativos de sus enemigos. Envainado el alfange, y quieta la lanza en la cuña, el indómito sarraceno parecia aguardar la muerte sin pensar en disputar su vida: los cristianos ya estaban próximos: la lanza de Ruy Diaz Ponce casi alcanzaba el pecho del moro y Aben-Gazan no se movia.

«¡Ríndete!» exclamó el caballero sorprendido. El moro no respondió, pero inclinando su cabeza, tocó la oreja de su caballo que partió como una flecha por los escarpados senderos del cerro; atónitos los cristianos se lanzaron detras de él, escuchando el eco de su precipitado galope por la arenosa senda que seguia, oyendo ya el mugido del arroyo crecido con las lluvias de la primavera.

El caballo del infiel se había perdido entre las sombras de la noche: su garzota sola brillaba á lo lejos centelleando á los rayos de la luna: los cristianos llegaban ya á orillas del arroyo del sepulcro. «Oh! no se escapará» decía Ruy Diaz: «los mas crueles tormentos...» La voz quedó helada en su garganta: lleno de asombro y de terror supersticioso, había visto al caballo de Aben-

Como lanzarse como una flecha á la otra margen del ancho y espantoso precipicio: un sudor frío pasó por su frente: los cristianos hicieron la señal de la cruz, porque al acercarse, al medir con sus ojos la estension del abismo, no podian concebir tan misterioso salto, y su imaginacion les pintaba el berberisco del jeque como una erascion del infierno.—El moro por su parte parecia que de su sorpresa: á la otra margen del arroyo contem-

plaba á sus enemigos: un momento se inclinó sobre el arzon de la silla, y saludando con la lanza á los atónitos castellanos, se perdió á galope en la alameda de ranjos que se estendia hasta la torre de Ben-Abil.

C. B.

MADRID ARTISTICO.



GALERÍA CUBIERTA, Y MERCADO DE S. FELIPE NERI.



En un artículo que publicamos en la primera serie del Semanario, dimos á conocer á nuestros lectores estas construcciones tan generalizadas en la capital de Francia con el nombre de

Passages, que vienen á formar, digamoslo así, una perpetua comunicacion interior entre sus calles mas frecuentadas, con gran comodidad del público y del movimiento de la industria parisiense.

Aquella costumbre tan necesaria en París por la rigidez del clima y el prodigioso aumento de su comercio, no es ciertamente tanto y por razones opuestas en nuestra capital. Sin embargo, digimos entonces, y repetimos ahora que siempre es ventajoso el ensanchar el círculo de las comodidades públicas, y dar á conocer los adelantos de buen gusto que tan grata hacen al forastero la permanencia en las grandes capitales de Europa. Por eso emitimos en aquel artículo lo conveniente que sería aprovechar la ocasion de buen local, y de un propietario nada apocado en sus cálculos para construir *mercados cubiertos* para comestibles, y galerías para tiendas de objetos de lujo.

Ambos objetos, pues, se hallan realizados ya en el local que ocupó el convento de S. Felipe Neri, y en el día de hoy domingo 19 de abril quedará abierta al público la bellísima galería, y el hermoso mercado, contruidos en aquel local por los señores Bertodano y compañía, bajo la direccion del jóven arquitecto D. Mariano Marco-Artu, el cual en el plan y seguimiento de esta obra, única de su especie en nuestra capital, ha manifestado una decision y buen gusto á que no podemos menos de dar el debido parabien ¡Ojalá que el espacio hubiera permitido desplegar sus ideas, adaptando á él el bello proyecto de otra galería mas en grande que trabajó con destino al local de la Soledad!

El edificio se compone de una *galería cubierta* de cristales y de un *mercado*. Este edificio hace honor á sus dueños, pues es indudable que los Sres. Bertodano y compañía, al comprar dicho solar y edificar en él invirtiendo al efecto cuantiosas sumas, han hecho un interesante servicio al vecindario de esta capital que se resiente de falta de mercados; y en verdad que nada hay mas repugnante que el que las plazuelas que deben servir para el tránsito y desahogo de los vecinos, esten ocupadas en términos que casi á hora ninguna del día es posible pasar por ellas, sin la mayor incomodidad, sin recibir malos olores y emanaciones fétidas que inficionan el aire que se respira, especialmente en las casas inmediatas á dichas plazuelas, todo con grave perjuicio de la salud pública. Por esta razon el edificio de que hablamos es un bien material y positivo para el vecindario.

La *galería cubierta*, exactamente igual á los Passages de París, forma un departamento totalmente separado, y está destinada al comercio de modas y vestido. Tiene 240 pies de longitud, tres entradas, una por la calle de Bordadores, otra por la de las Hileras, y la tercera por el centro de la fachada de la plazuela de Herradores. Su pavimento está todo guarnecido de losas de piedra. Gózase en ella y en sus tiendas de la mayor claridad posible. Los portones de estas tienen 8 pies de ancho por 12 de alto, y están cubiertos de grandes cristales. Cada tienda tiene sobre sí una pequeña habitacion en piso alto, y algunas tambien su sótano.

La decoracion de esta galería ofrece notable novedad, y es de un gusto que puede llamarse gótico-arabesco. Se compone de pilastras pareadas, carece de cornisamento, y en lugar de este oportunamente suprimido, tiene una faja corrida que forma tableros y antepechos figurando un calado de buen gusto. Arrancan sobre esta faja los arcos apuntados, conteniendo en sus centros las ventanas semicirculares que dan luz al interior del piso alto. No obstante la novedad de esta decoracion tiene la unidad de carácter que dificilmente suele conseguir el artista al separarse de la observancia rigurosa de cualquiera de los géneros de arquitectura conocidos. El pintor de esta hermosa galería D. Francisco Martinez ha realizado con su

acreditada habilidad la idea del arquitecto del edificio. Debe sentirse tan sólo que la circunstancia inevitable de localidad no hayan permitido dar á esta galería mayor amplitud, si bien tiene la muy suficiente para el tránsito y concurrencia del público, pues á haber tenido un punto de vista conveniente se hubiera mas satisfactoriamente gozado del gusto correcto de los adornos, la hermosura de las formas, y la belleza y armonía de su composicion arquitectónica.

De esta breve descripcion se infiere que los concurrentes á esta hermosa galería podrán sin salir de ella recorrer una gran porcion de tiendas con toda comodidad libres de las lluvias y de la nieve del invierno, asi como de los rayos abrasadores del verano, y de consiguiente en toda estacion deberá ser un lugar de lucida concurrencia.

El mercado ocupa una grande estension en el interior del edificio. Tiene 4 entradas, dos por la calle de Bordadores y otras dos por la de las Hileras. Consta de tres calles al descubierto y de cinco cubiertas. Los locales para la venta se componen unos de tiendas con sótanos y habitacion al nivel del piso del mercado, pero que hacen cuarto principal á la calle de las Hileras unas y á un gran patio interior del edificio las otras. Creemos superfluo el manifestar cuan útil y conveniente es á los comerciantes de mercado tener reunidas tienda, sótano y habitacion. Otros locales se componen solo de tiendas muy capaces para carne y pescado, si bien hay ademas, y aplicables á estas tiendas, una porcion de sótanos espaciosos. El resto del mercado se compone de cajones destinados á la verdura, á la caza y á la fruta, cuyas mercancías se colocarán por un órden tan conveniente al público como á los vendedores. Las aguas llovedizas que caen sobre la cubierta de este mercado bajan por cañones de plomo á tarreas conducidas á las alcantarillas públicas.

De aplaudir es el desinterés de los dueños de este establecimiento, que han sacrificado hasta cierto punto su propia conveniencia en obsequio de la salubridad pública y del desahogo de los concurrentes, como se conoce á la primera ojeada que se dirige al interior del edificio, pues lejos de haber aumentado como podian, han disminuido el número de tiendas y cajones, dando á estos y á aquellas el mayor ensanche con el fin de procurar la ventilacion posible, y los medios de limpieza y aseo que se requieren en establecimientos públicos de esta clase.

Para que nada deje que desear este mercado, tiene un pozo de aguas abundantes en el cual se coloca una bomba que ha de servir no solo de seguridad contra incendios, sino tambien para regarlo diariamente y cuantas veces se requiera en tiempo de verano.

Ultimamente, despues de bien examinado este edificio atendida la irregularidad del solar, su enorme desnivel y otros obstáculos que se han presentado al arquitecto, se vé que este los ha salvado de la manera mas completamente satisfactoria; y que ha sacado el partido mas ventajoso que puede exigirse.

METEOROLOGIA [1].

DE LAS NUBES.



odos saben que una parte del agua que se halla reunida sobre la superficie de la tierra, ya en los mares, ó ya en los ríos, la-

(1) Véase el Semanario del 5 de enero.

gunas, etc. pasa continuamente á la atmósfera en forma de vapores, sùtiles y mas ligeros que el aire. Segun los esperimentos de los Sres. Gay-Lussac y Dalton, parece que la única causa de esta evaporacion es la accion del calórico, pues debiéndose equilibrar el que se encuentra en el agua con el que se halla en el aire, pasa alternativamente de un fluido al otro, y al trasladarse del agua al aire lleva consigo una multitud de partículas acuosas, que llegan á ser visibles sobre los rios en las mañanas hermosas de verano al salir el sol, que es cuando por lo regular suele estar el aire mas frio que el agua. Tambien se carga la atmósfera de agua en estado de vapor, en virtud de la accion que ejerce el sol sobre la última, comunicándole un grado de calor tal, que hace que pasen al estado aeriforme muchas de sus partículas.

Como estos vapores ácuosos son específicamente mas ligeros que el aire, se elevan á la parte superior de la atmósfera, hasta que encontrando una temperatura suficientemente fria, se condensan formando vesículas pequeñas y huecas como bombas de jabon, configuracion que observó Saussure por primera vez, reconociendo tambien que dichas vesículas se hallan siempre eminentemente electrizadas.

Los vapores acuosos que se hallan en el aire pueden encontrarse en tres estados distintos: 1.º en un estado de disolucion perfecta, en cuyo caso son absolutamente invisibles y no turban la transparencia del aire; 2.º en un principio de condensacion; y 3.º en un estado de condensacion tal, que no pudiendo ya sostenerse en el aire, se precipitan hacia la tierra en forma de lluvia, nieve, granizo, etc.

Cuando las partículas acuosas se hallan en un estado completo de disolucion, el aire está, como hemos dicho, claro y transparente, pero si este aire que necesariamente tiene un grado de calor algo elevado para mantener el agua en estado de vapor, llega á una region de la atmósfera cuya temperatura sea mas fria, entonces se verifica un principio de precipitacion, las partículas de agua se condensan y hacen visibles, y se presentan á nuestros ojos bajo la forma de un cuerpo opaco á que se da el nombre de *nube*. Sin embargo, como las moléculas que forman las nubes se encuentran en ellas en un estado muy tenue todavia, se mantienen suspensas en el aire, á mayor ó menor altura, á no ser que uniéndose al agua que contienen nuevos vapores, ó determinándose por otras causas la aproximacion de las partículas acuosas se formen gotas de mayor peso específico que el agua, en cuyo caso caen á tierra bajo una de las formas que hemos dicho, y que examinaremos una por una en otros artículos.

El aire tiene diferente temperatura y por consiguiente distinto peso y densidad, segun su altura sobre la superficie de la tierra, de donde resulta que los vapores se elevan tambien mas ó menos en la atmósfera segun su densidad, hasta que encuentran una capa atmosférica de menor peso específico que ellos. Asi es que las nubes se forman á diferentes alturas segun los diferentes grados de densidad de los vapores que las constituyen, y de las capas de aire con las cuales han de ponerse en equilibrio, y aun despues de formadas es fácil concebir que pueden subir ó bajar en la atmósfera segun las alteraciones de temperatura que puedan sufrir las diferentes capas de esta.

No es fácil determinar el límite de elevacion á que llegan las nubes. Algunos físicos han creido que jamás suben á mas de 1400 pies castellanos, pero hay muchas razones para creer que no es asi, pues si se considera que la cima de las montañas mas altas que se conocen

está eternamente cubierta de nieves, y que estas se forman probablemente de la condensacion de las nubes que, mas ó menos concentradas, llegan á aquellas regiones, se concebirá que las nubes pueden llegar á alturas prodigiosas.

El Monte Blanco, en los Alpes, que es la montaña mas alta de Europa, se eleva hasta 17094 pies sobre el nivel del mar; el Chimborazo que descuella entre los Andes, en la América del Sur, tiene 23377 pies de altura, y todavia es mucho mayor la de los montes Himalayas, en Asia, pues su pico mas elevado sube hasta 28000 pies, ó sea cerca de legua y media de altura vertical sobre el nivel del Océano. Pues bien, los viajeros que han subido á estas diferentes montañas, han atravesado muchas veces nubes que ocultaban el cielo á su vista, y que despues de haberlas pasado, las han visto á sus pies ocultándose la tierra; pero á todas las alturas á que han subido, han hallado el suelo humedecido por las nubes, mas ó menos espesas, que vienen á tocar en él. Esta humedad continua, y las nieves perpetuas que cubren las cimas de las montañas, y que deben provenir de las mismas causas, surten constantemente de agua á los manantiales de los rios que regularmente bajan de las montañas elevadas. Asi es que por un efecto de la infinita prevision de la naturaleza, en los tiempos mas secos y calurosos, sirven las nubes como de canales aéreos por los cuales se distribuye convenientemente el agua á los diversos países de la tierra.

En cuanto á las formas con que las nubes se presentan á nuestra vista son tan variadas, que es imposible describirlas, y seria ademas un trabajo inútil, pues no hay persona alguna que no haya tenido muchas veces ocasion de notar en las nubes ya la figura de una ciudad, ya la de un guerrero á caballo, ya la de una serpiente, ú otras muchas figuras extravagantes, á las cuales es preciso conocer que ayuda tambien mucho nuestra propia imaginacion.

Respecto á su color es indudable que son blancas, ó mas bien transparentes, y que los diversos matices que presentan á nuestra vista son únicamente efecto del modo con que, segun su diferente densidad, la disposicion de sus partículas, y su posicion respecto á nosotros, reflejan ó refractan los rayos de la luz solar.

En otros artículos sucesivos hablaremos de la lluvia, la nieve, el rocío, etc.

P. B.

CRÍTICA LITERARIA.

REVISTA TEATRAL.



Si habiendo permitido el espacio y objeto principal del SEMANARIO hacer un examen analítico de cada una de las producciones dramáticas representadas en la temporada cómica que acaba de transcurrir, vamos á manifestar ahora nuestro dictámen acerca del mérito y condiciones no de todas ellas, sino solamente de las que han cautivado la atencion pública de un modo mas determinado y constante.

No creemos fuera de propósito formar aquí ante todo la lista de las obras originales representadas en el teatro del Príncipe durante el citado periodo.

Obras dramáticas.

Actos.

Autores.

No ganamos para sustos.....	3	D. Manuel Breton de los Herreros.
El conde D. Julian.....	5	D. Miguel Agustin Principe.
Juan Dandolo.....	5	D. José Zorrilla y D. Antonio García Gutiérrez.
Cada cual con su razon.....	3	D. José de Zorrilla.
La redoma encantada.....	4	D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Una vieja!.....	4	D. Manuel Breton de los Herreros.
Vellido Dolfos.....	4	D. Manuel Breton de los Herreros.
Dou Alvaro de Luna.....	5	D. Antonio Gil de Zárate
El Pelo de la dehesa.....	5	D. Manuel Breton de los Herreros.
La lealtad de una mujer ó aventuras de una noche.....	3	D. José de Zorrilla.
El zapatero y el rey.....	4	D. José de Zorrilla.
La Visionaria.....	3	D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Lances de Carnaval.....	1	D. Manuel Breton de los Herreros.

Trece son, pues, sin contar *La Boda y el Duelo*, la *Rosmunda y Pruebas de amor conyugal*, escritas para el Liceo, ni *Los cortesanos de D. Juan II* y alguna otra produccion representada en un teatro subalterno, las obras dramáticas originales puestas en escena en Madrid durante el año cómico de 1839 á 1840: escaso número por cierto para la capital de una nacion donde con tanta facilidad se desarrolla y crece la planta del ingenio, pero digno no obstante de atencion si con el de otras épocas se compara, y si se tienen en cuenta la decadencia de nuestros teatros, la falta de actores, y el desaliento y disgusto que infunden en los ánimos los azares y desventuras de una guerra civil.

Entre todas las producciones citadas, la comedia de magia titulada *LA REDOMA ENCHANTADA* es la que ha logrado éxito mas brillante y sostenido, éxito colosal, atendidas las circunstancias, y de que no habia ejemplo alguno desde la representacion de la célebre *Pata de cabra*. Antes de emitir nuestro dictámen crítico acerca del mérito literario de esta produccion, procuraremos poner de manifiesto porque las comedias de magia obtienen fácilmente un favor popular que rara vez alcanzan aun aquellas producciones en que resplandecen prendas literarias de grande importancia y valia.

Desde que algunos escritores doctrinales del siglo pasado quisieron sujetar el gusto público al crisol de una critica mas ó menos lata y acutada, es decir, hará algo mas de sesenta años, se está declamando en balde contra aquella insensata preferencia. Por aquel tiempo asistia el público con perseverante ahinco á las representaciones de *el Mágico Bayalarde* y *Marta la Romorantina*, y hubo compañía cómica que al paso que alimentaba el popular extravío con estas producciones y con los dramas militares de Comella y otros ingenios del mismo jaez, á la sazón muy aplaudidos, desechaba *el Viejo y la Niña* de Moratin. Este ejemplo y otros muchos análogos ocurridos en épocas recientes, no deben, por lamentables que sean, maravillar á nadie, teniendo presente por una parte como quiera que las compañías cómicas no pueden menos de considerar al teatro, mas que como templo del arte, como medio de especulacion, se ven en la necesidad de halagar las ideas dominantes, y seguir el giro que la afición general determina, y por otra que el público no es en materias literarias juez tan competente como de ordinario se supone.

Fuera de esto, el instinto del goce es mas poderoso en el hombre que el instinto de la conveniencia, y como el público mira cual es natural, en el teatro un lugar de recreo mas bien que una cátedra de buen gusto y sanas doctrinas, no puede dejar de preferir lo que esparce el ánimo y deleita los sentidos, á lo que proporciona mayor enseñanza, si bien menor suma de diversion y entretenimiento. Pues si el público manifiesta esta propension en

todo género de espectáculos, ¿cómo maravillarse de la predileccion que concede á las comedias de magia, donde á varios atractivos comunes á todos los dramas, se une el de las sorpresas y trasformaciones propias de esta clase de producciones?

La magia reducida en la antigüedad al simple estudio de los fenómenos de la naturaleza y del arte, favoreció de un modo harto eficaz el cultivo de las ciencias naturales y exactas. A ella pertenecen los prodigios de Arquímedes, los célebres pájaros del emperador Leon y cuantos progresos extraordinarios hicieron entonces la medicina y la mecánica. La inclinacion innata y poderosa que en todos tiempos han manifestado los hombres á cuanto sale en la apariencia de las leyes naturales, ejerció tambien suma preponderancia en aquellas edades remotas, y en esta inclinacion fundó el espíritu religioso sus maravillas y sus misterios. Sócrates consultaba los oráculos, y los héroes de Roma creian ver estampado su destino en las entrañas de las víctimas ó en los libros de las Sibilas!

El arte de la magia es tan antiguo como lo es en el hombre la afición á las cosas sobrenaturales, pero su índole ha variado con las épocas y con las revoluciones de los estados. La ciega credulidad que la ignorancia de los pueblos bárbaros trajo consigo, dió á la magia un giro mas torcido é interesado. La que antes era una ciencia noble y verdadera se convirtió en una profesion inmundicia pero lucrativa, que contribuyó eficazmente á cimentar el fanatismo religioso y las preocupaciones mas absurdas. Greyóse en la edad media que la suerte humana dependia de los astros, y que los astros estaban ligados á los círculos mágicos de los astrólogos, y explotando estos diestramente una persuasion que nadie trataba de combatir, se hicieron dueños de las pasiones de los principes y magnates, y hallaron el oro que negaba la alquimia á sus afanosas investigaciones.

Más no fue la magia exclusivamente un medio de estafa. Cultiváronla muchos de buena fé y sin mas móvil que el amor al saber. El célebre profesor alemán Goerres prueba hasta la evidencia en su obra *acerca de los cuentos populares de Alemania* que el doctor *Fausto* que conoce el mundo literario en la obra-maestra de Goethe, no es un ente imaginario por una leyenda del vulgo, sino un personaje histórico, contemporáneo y amigo de Paracelso y del famoso Cornelio Agrippa, que consagró su vida al estudio de las ciencias ocultas. Agrippa tenia tanta fé en la ciencia que cultivaba, que no dudó en afirmar en el libro primero de su tratado *de occulta philosophia*, «que bastan algunas palabras mágicas para embravecer de repente el mar mas sereno, desencadenar los vientos, parar el sol, y desprender las estrellas del firmamento....» En suma, el marqués de Villena; Jacobo I de Inglaterra; el docto Renchlin, amigo del

uicioso Erasmo; el conde de la Mirandola, que fué el asombro de su siglo por la universalidad de sus conocimientos; el mallorquín Raimundo Lulio; Alberto-el-Grande, y otros muchos personajes que no pueden ser tachados de estafadores, ni de ignorantes, fueron acusados de haber formado pacto con el diablo por cultivar las malas é imaginarias artes que constituyen la estraña enciclopedia de las ciencias ocultas.

La reflexion, las investigaciones científicas y el espíritu de exámen y de discusion han dado un golpe mortal á la ceguedad de otros tiempos, y las artes cabalísticas que han avasallado por espacio de muchos siglos la credulidad de los pueblos, el entendimiento de los sabios, la fé de algunos padres de la iglesia (1), las disposiciones de los tribunales (2), y aun la autoridad del derecho canónico (3); esas artes engañosas que escitaron alternativamente el terror y el asombro de las naciones, que tantas veces fascinaron la razon, y que hallaron no pocos mártires entre sus adeptos, han luchado en balde contra las luces de la moderna filosofia. Pasó el tiempo de la hechicería. Ya nadie compra la esclavitud del demonio á costa de la salvacion de su alma: acabáronse las evocaciones y las fórmulas misteriosas: cesó el empeño fatal de convertir el plomo en oro; y las almas en pena volvieron á la sepultura. Pero aun dura, y durará mientras exista el poder de la imaginacion, deseo de conocer los secretos del porvenir, y aficion vehemente á cuanto es difícil explicar. En la incrédula Francia no faltan personas que especulen lucrosamente con aquellos dos sentimientos innatos en el hombre, y nosotros mismos hemos visitado por curiosidad á la célebre M. elle Lenormant, que se ha enriquecido ejerciendo el pretendido arte de la adivinacion.

Como hemos, pues, de admirarnos de que guste el público con predileccion de las comedias de magia, siendo, como lo son, inexplicables para la mayor parte de los hombres las combinaciones de la mecánica, los fenómenos del galvanismo, de la acústica y de la óptica, las propiedades del iman y de los fluidos eléctrico y magnético, y las sábias aplicaciones de la química?

Muy distantes estamos nosotros de poder hacer uso en nuestra escena de todos los recursos que ofrecen las ciencias físicas y matemáticas, y el autor de LA REDOMA ENCANTADA ha tenido que luchar á cada paso con la escasez de medios materiales. En las comedias de magia son mas atendibles los efectos de la maquinaria que las situaciones puramente dramáticas, porque este género de espectáculos se dirige mas á los sentidos, que á la sensibilidad ó al entendimiento. Pero no siendo esto practicable de un modo absoluto en el actual estado de nuestros teatros, el señor Hartzembusch ha tenido que suplir con escenas cómicas la falta de artificios mecánicos, y para dar idea del acierto con que lo ha ejecutado, basta decir que ya se han popularizado los personajes de la comedia, y que se han hecho casi proverbiales algunas de sus sales cómicas.

El autor se ha aprovechado de algunas ideas de un cuento de Mme. Beaumont, y de algunas situaciones de una comedia de magia (*féerie*) de los señores Vander-

burch y Laurencin titulada *Peau d'âne*; pero el principal pensamiento cómico que consiste en la duplicacion del conde de la Viznaga y de D. Lain, está copiado de *Amphitryon* de Molière. Escenas enteras como la tercera, octava y novena del segundo acto y no pocas agudezas de diálogo están casi calcadas sobre las de esta admirable comedia, y singularmente el personaje de D. Lain tiene mas que analogía con el festivo carácter de *Sot*. Las imitaciones del señor Hartzembusch tienen el valor de originales, porque están hechas con el acierto y correccion que distinguen todas las obras de este escritor.

Fuera de esto hay en LA REDOMA ENCANTADA gran copia de pensamientos originales que se distinguen por ternura ó la sublimidad, alusiones satíricas muy oportunas, y algunas escenas de efecto teatral, como la octava del tercer acto, dispuestas con suma delicadeza y buen gusto. No podemos, sin embargo, ocultar que la estension de las dos escenas del gabinete diabólico al final del segundo acto nos parece demasiado larga. De la versificación nada diremos. Pondremos, si, una muestra, y será el encomio mas encarecido.

Temiendo el marqués de Villena que se desvaneciese el amor de Dorotea al verlo en su figura natural, dice:

D. ENRIQUE.

Si mi nombre ó mi figura
fuese lo que en mi te agrada....

DOROTEA.

No te ofenda la franqueza
de un cariño verdadero:
lo que yo en mi esposo quiero
no es fausto, ni gentileza,
ni titulos, ni dinero:
quien merece mi aficion,
no es el señor sino el hombre
que me hace de su alma don:
quiero en él su corazon,
y allí no hay rostro ni hay nombre.

D. ENRIQUE.

Cesaron, ídolo mio,
mis amargas inquietudes:
á la suerte desafío,
pues tengo con tus virtudes
sujeto su poderío.

Dicha en la ciencia busqué
y en la gloria y los honores;
¡ay! ¡cuánto me equivoqué!
la hiel de los sinsabores
en copa de oro apuré;
que no es dichoso en la tierra
quien entre muros sombríos
montones de plata encierra,
ni quien vierte sangre á rios
en los campos de la guerra,
ni quien á fuerza de dar
tormento al sabio discurso,
logró poder señalar
á las estrellas el curso
que en el cielo han de llevar.

Amor es el bien mayor
que en esta oscura morada
le dió al hombre su hacedor,
que le formó de la nada
por un impulso de amor.

(Continuará.)

(1) San Agustín, *ciudad de Dios*, lib. 21, cap. 6.
(2) Puede verse en la historia del Emperador Carlos V por Sandoval la curiosa relacion que hace este prelado de la informacion judicial que mandó practicar á uno de sus oidores la audiencia de Pamplona acerca de las brujas de Navarra, y de las determinaciones tomadas con este motivo.
(3) DU PERRAY, de la *Capacité des Ecclésiastiques*, l. I.

NOTA. Los señores suscritores á la segunda edicion de la primera série de esta obra, (1836, 1837 y 1838), pueden servirse pasar á las librerías donde se hayan suscrito, á recoger el segundo cuaderno ó entrega que comprende los meses de julio, agosto y setiembre de 1836.